

compuesta por los primeros capítulos hasta la entrada en la casa de Belgrano en los capítulos XIX y XX, pertenece al mundo de la lógica y de la realidad. Los capítulos restantes, a partir del capítulo XX en adelante, forman la segunda parte, perteneciente al mundo irreal, personal o subconsciente, cuando ya se ha traspasado el umbral de la razón consciente, (Gálvez, 1974). A partir de esta segunda parte, y como el protagonista ya se ha introducido en ese reducto oscuro, el «Informe» se va a componer de recuerdos, sueños y alucinaciones que se mezclarán en la mente del personaje, supuestamente atrapado en el sótano de la casa y vigilado por la mujer ciega. De estos 38 capítulos he seleccionado aquellos episodios que de alguna manera van marcando las pautas de descenso y ascenso del viaje:

1. Inicio o despertar ocasionado por la campanilla tocada por la ciega. (Cap. I)
2. Persecución laberíntica de un ciego por las calles de Buenos Aires. (Cap. II)
3. Progresiva separación de las dos realidades: consciente e inconsciente. (Cap. V)
4. La ceguera de Celestino Iglesias que servirá de intermediario entre los dos mundos. (Cap. VIII)
5. La entrada en la casa de Belgrano, acceso a la otra realidad. (Cap. XIX)
6. Encuentro con la ciegadeidad que vigila la entrada al mundo subterráneo. (Cap. XXII)
7. Inmersión definitiva en el mundo de los ciegos: red cloacal de Buenos Aires. (Cap. XXXIII y XXXV)
8. Último viaje de regreso o ascenso hacia la existencia real. (Cap. XXXVI)

1. *El despertar: la campanilla*

En el inicio del «Informe» los recuerdos del protagonista se sitúan en un día de verano de 1947. En este momento se va a producir un despertar, una primera ruptura con el mundo ordinario, que dará lugar al desarrollo de esa nueva etapa de la existencia. Será precisamente el sonido de una campanilla tocada por una ciega lo que despertará a Fernando Vidal de su letargo haciendo que comience un proceso irreversible. El sonido de esta campanilla es algo que «penetra», que se «adentra» en esos «estratos profundos»:

Yo venía abstraído, cuando de pronto oí una campanilla, una campanilla como de alguien que quisiera despertarme de un sueño milenario. Yo caminaba, mientras oía

la campanilla que intentaba *penetrar en los estratos más profundos* de mi conciencia: la oía pero no la escuchaba. Hasta que de pronto aquel sonido tenue pero *penetrante* y obsesivo pareció tocar alguna zona sensible de mi yo, algunos de esos lugares en que la piel del yo es finísima y de sensibilidad anormal: y desperté sobresaltado, como ante un peligro repentino y perverso, como si en la oscuridad hubiese tocado con mis manos la piel helada de un reptil. (pág. 187, cap. I)

Ese despertar es una primera llamada, un primer adentrarse, producido desde el exterior, que pondrá en marcha todo el proceso de búsqueda, el inicio del camino hacia el mal. Desde ese momento, Fernando Vidal va a relacionar la idea del mal con la idea de los ciegos, presentes ya por primera vez en este pasaje, en esa sensación de repulsión o de asco por esa piel helada de reptil, caracterización fantástica y animal que va a representar a los ciegos durante todo el «Informe». Su sentimiento de culpabilidad por la atracción incestuosa hacia su madre se va a mezclar con la incompreensión de su inclinación al mal, manifestada, por ejemplo, en episodios de la infancia como el de los pájaros cegados con un alfiler. Esta relación se va a ver reforzada por la lectura de un libro de mitología que pertenecía a su madre en el que lee cómo Tiresias es cegado por contemplar desnuda a Atenea mientras se bañaba. La idea del mal en relación con los instintos y con el conocimiento y la transgresión se asocia por lo tanto con la idea del castigo que es la ceguera. Con este episodio, y con el que hace alusión a Ulises y al Cíclope de Homero, Sábato no hace sino resaltar su creencia en la falta de casualidad y en la predestinación, ya que el mal se encuentra en el centro mismo del hombre y todos los episodios son tomados como presagio de lo que va a suceder:

Y así, mientras los otros muchachos pasaban de largo, aburridos, obligados por los profesores, por las páginas de Homero, yo, que había pinchado ojos de pájaro, sentí mi primer estremecimiento cuando aquel hombre describe, con aterradora fuerza y precisión casi mecánica, con perversidad de conocedor y vengativo sadismo, el momento en que Ulises y sus compañeros hienden y hacen hervir el gran ojo del Cíclope con un palo ardiente. ¿No era Homero ciego? (pp. 275-76, cap. XXXV)

Acercarse al centro del hombre, negar la represión o las prohibiciones de la realidad consciente liberando los instintos, es acercarse al mal, y por lo tanto, los ciegos son aquellos que «han contemplado» una realidad vedada para el resto y han sido castigados. De esta forma, también se oponen el mundo de la luz y el mundo de la oscuridad o de la tinieblas; el mundo del bien, de aquellos que pueden «ver la luz» y el mundo del mal o de aquellos que viven en la oscuridad; el mundo de la vida, de los instintos, del cuerpo, y el mundo de la civilización, de la imposición, de la negación. «Si, como dicen, Dios tiene el poder sobre el cielo, la Secta tiene el dominio sobre la tierra y sobre la carne». (pág. 193, cap. III)

La elección de los ciegos como representantes del mal puede responder a una obsesión personal de Sábato o a su concepción de ese mundo regido por la «ley de las tinieblas». Para Freud, la ceguera se relaciona con la idea de un miedo o un temor infantil: *La experiencia psicoanalítica nos recuerda que herirse los ojos o perder la vista es un motivo de terrible angustia infantil*, temor que se hace extensivo a la vida adulta: *Este temor persiste en muchos adultos, a quienes ninguna mutilación espanta tanto como la de los ojos*⁹. En «Lo siniestro», artículo que intenta explicar las causas de este efecto, Freud analiza un cuento de E.T.A. Hoffmann, «El arenero», en el que según una leyenda popular los niños malos eran cegados con arena y sus ojos eran destrozados a picotazos:

*(El arenero) es un hombre malo que viene a ver a los niños cuando no quieren dormir, les arroja puñados de arena a los ojos, haciéndolos saltar ensangrentados de sus órbitas; luego se los guarda en una bolsa y se los lleva a la media luna como pasto para sus hijitos, que están sentados en un ríodo y tienen picos curvos, como las lechuzas, con los cuales parten a picotazos los ojos de los niños que no se han portado bien.*¹⁰

Relato que se adapta perfectamente al primero de los sueños de Fernando Vidal, en el que sus ojos son pinchados por unos enormes pterodáctilos. En el cuento de Hoffmann, la calidad de siniestro, «aquella suerte de espanto que afecta las cosas conocidas y familiares», viene dada por la asociación que realiza Nataniel, el protagonista, del personaje del «arenero», hombre-amenaza de la infancia, con dos personajes que aparecen a lo largo del cuento: el abogado Coppelius y el óptico Coppola, en quienes Nataniel cree reconocer sucesivamente —afectando a «lo conocido» y «a lo familiar»— a ese arenero de la infancia. La relación con los ojos se acentúa si se considera el significado etimológico de estos dos personajes, que al final del cuento resultan ser la misma persona: «coppo=cavidad orbitaria». En este caso, para Freud no existe ninguna duda: «el sentimiento de lo siniestro es inherente a la figura del arenero, es decir, a la idea de ser privado de los ojos», sentimiento que también se encuentra precisamente en los pasajes o descripciones concretas a las que hago alusión en este estudio.¹¹ Según Jung, la explicación de la ceguera está en la negación de contemplar el propio mal interior, la propia «sombra», como se explicará más adelante en el fragmento que hace alusión a este mismo sueño.

Además de las ideas apuntadas en relación al mal, el papel de la mujer también resulta fundamental en el «Informe». El origen y el final del mismo van a estar motivados por una mujer: la madre de Fernando Vidal, Ana María, y su hija, Alejandra —nacida de la relación de Fernando con su prima Georgina—, que en realidad está sustituyendo a la verdadera madre. La mujer se concibe de una manera totalmente negativa hasta el final, en el que precisamente otra mujer, en este caso personaje que reúne ambos ele-

⁹ Sigmund Freud, *Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 4ª Ed. 1981, pág. 2491. (El subrayado corresponde al original).*

¹⁰ Op. cit., pág. 2.489.

¹¹ Idem, pp. 2.484-2.491.

mentos, mujer y cieguera, va a ser quien haga llegar al protagonista hasta las profundidades de su mal más terrible: el incesto. Porque como parecen haber entendido otros autores, la ciega-guardiana de la casa de Belgrano no es otra que la misma Alejandra, con lo que se cierra así el ciclo fatal.

Este proceso ha sido iniciado por una campanilla que una ciega —nuevamente una mujer— ha tocado, produciendo una primera ruptura. Y es precisamente una ciega la que le despierta, la que le «abre los ojos», paradójicamente, a un nuevo mundo. Después de ese despertar, Fernando Vidal se decide por fin a explorar ese otro universo. Se propone la hazaña, al estilo de los héroes mitológicos, de descubrir todo el entramado secreto desde el que los ciegos gobiernan el mundo de los hombres. El viaje se convierte en una aventura, en la aventura que enfrenta por fin al protagonista con su destino inevitable, aunque en este caso se trate de un «héroe negro», de un «héroe al revés».

2. *La búsqueda de la entrada: el laberinto*

Después de romper la conexión con la realidad, después de un despertar simbólico que le abre el acceso al otro lado, el protagonista tropieza nuevamente con un ciego en un recorrido por el metro de Buenos Aires y decide seguirle, venciendo esos «prejuicios sentimentales» hacia los ciegos, que le impiden atravesar las fronteras de su secta.

Muchos años tuvieron que transcurrir para que pudiera sobrepasar las defensas exteriores. Y así, paulatinamente, con una fuerza tan grande y tan paradójica como la que en las pesadillas nos hace marchar hacia el horror, fui *penetrando en las regiones prohibidas* donde empieza a reinar la oscuridad metafísica. (pág. 188-189, cap. 1)

En este caso quien empieza a «penetrar» en esas regiones ya no es el sonido de la campanilla sino el propio Fernando Vidal, de una manera consciente y voluntaria. El lugar al que se dirige son esas regiones descritas como «territorios» o «espacios» en un tono narrativo diferente al del resto del «Informe», un tono cada vez más grave, más terrorífico, que crea un escenario propio de la novela gótica. Espacios que son *esquemas de espacialización* que se configuran, en términos generales, alrededor de las dos dimensiones que se establecen como puntos cardinales de todo el «Informe»: «sensaciones de dinamismo vertical positivas, diurnas: *elevación y constitución*, y negativas nocturnas: *caída y disolución*.»¹²

Como ya he dicho, el segundo elemento que pone en contacto a Fernando Vidal con la Secta es el ciego al que persigue por las calles con el deseo de encontrar la entrada a su mundo subterráneo.

¹² García Berrio, *op. cit.*, pág. 405.